

LOS PIRATAS ORIENTALES COMO AMENAZA A LA COLONIZACIÓN HISPANA EN FILIPINAS¹

Carlos Alberto FONT GAVIRA

El siglo XVI conoció la gran extensión y formación del Imperio Español con la conquista de América, después de su descubrimiento en 1492. En 1513 se abre con el descubrimiento del Océano Pacífico por parte de Núñez de Balboa una casi infinita ventana de exploración para los navegantes españoles. El viaje de Magallanes y Elcano junto a la expedición de Legazpi sitúan a las islas Filipinas en el mapa como un punto clave en la ruta de las Especies y en el imaginario de navegantes y aventureros como un archipiélago lejano, misterioso y virginal. La colonización hispana de las Filipinas fue intermitente y nunca plenamente consolidada debido a la multitud de islas que las componen y a la diversidad étnica de los grupos humanos que habitan las islas con sus singularidades lingüísticas, culturales y religiosas.

En los dominios americanos, mediante la Carrera de Indias, fluían las riquezas del Nuevo Mundo a la metrópoli en una ruta arriesgada y no carente de peligros. Los ataques piratas de holandeses, ingleses y franceses menudea-

1 Citar como: FONT GAVIRA, Carlos. «Los piratas orientales como amenaza a la colonización hispana en Filipinas». En: MONTTOYA RAMÍREZ, María Isabel; SORROCHE CUERVA, Miguel Ángel (eds.). *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*. Granada: Editorial Universitaria, 2014, págs. 95-103 [<http://hdl.handle.net/10481/35104>]

ban en el Atlántico al acecho de los barcos españoles cuyas bodegas estaban cargadas de oro, plata, piedras preciosas. El Caribe formó parte del imaginario colectivo como el área por excelencia de las actividades piráticas en su guerra particular contra el Imperio Español. Sin embargo, fue en el Océano Pacífico donde los piratas fueron los primeros en emprender sus ataques a las naves y puertos españoles en su precario dominio de las Filipinas. Fueron chinos y japoneses los protagonistas de estas incursiones antes que los occidentales popularizaran la práctica pirática en las cristalinas aguas del Caribe. El Gobernador de Filipinas, Gonzalo de Ronquillo, describió a los japoneses, en un informe al Rey, de esta manera:

«Los japoneses es la gente más belicosa que hay acá. Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas para el cuerpo. Lo cual todo lo tienen por industria de portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas».

Descubrimos una historia poco conocida por su lejanía geográfica pero no menos interesante pues enfrentó a los pueblos orientales con la incipiente colonización hispana del archipiélago de Filipinas.

1. PRECARIO DOMINIO ESPAÑOL EN LAS FILIPINAS

Las más de 7.000 islas del archipiélago filipino forman un conjunto des-parramado de exuberantes selvas tropicales que encierran la más profusa de las biodiversidades. El mosaico de islas que conforman las Filipinas ha sido desde antiguo un espacio complejo de variado fondo étnico. Las islas han sido una verdadera encrucijada de rutas marítimas donde han pasado los más variopintos pueblos: negritos, papúes, melanesios, polinesios, hindúes, chinos, japoneses... y, finalmente, europeos, concretamente, ibéricos (portugueses y españoles).

Como conocemos, Fernando de Magallanes y su tripulación hicieron escala en las islas para reabastecerse de provisiones y especias (el verdadero objetivo de la expedición). Habría que esperar la llegada en 1565 de Miguel López de Legazpi para conocer el primer intento colonizador consistente de los españoles en Filipinas. Los españoles decidieron ocupar las planicies litorales de las dos principales islas: Cebú y Luzón. Estos emplazamientos garantizaban

la comunicación por mar (la única posible entonces) y un buen punto donde construir fortalezas y murallas como se llevó a cabo en el fuerte de Santiago, en Manila. Las islas Filipinas no se administraron como un virreinato independiente sino como una dependencia del Virreinato de Nueva España (México), al que estaría vinculado hasta su independencia en 1821. El Océano Pacífico, la Mar del Sur, con su infinita extensión, era el enlace que comunicaba las remotas Filipinas con América, y a través de ésta, con la lejana metrópoli.

El dominio español sobre Filipinas fue difícil y se nos antoja casi quimérico. En las islas no existía un Estado o Reino unitario que agrupara a la población bajo un solo gobierno. Los distintos grupos étnicos, a menudo en guerra entre ellos, se organizaban de manera autónoma con arreglo a sus costumbres y tradiciones. Algunos grupos eran más propensos al comercio y trato que otros, como los denominados en la época «moros», habitantes de las islas del Sur como Sulu, Palawan o Mindanao, islamizados y que presentaron una constante beligerancia hacia los españoles. Así vemos que los españoles no se iban a encontrar un Moctezuma o un Atahualpa filipino, que una vez derrotado tras una gran batalla, sus dominios pasaran por derechos de conquista a los nuevos amos.

Los primeros españoles en Filipinas casi se concentraron en las ciudades que fueron construyendo como Manila (1571), que dominaba su hinterland cercano pero poco más. Tal número inabarcable de islas, pobladas por decenas de tribus (muchas hostiles), se contraponía a un pequeño grupo compacto de soldados hispanos, armados con arcabuces, picas y espadas. El someter tribu a tribu, de isla en isla, era una empresa difícil en su planteamiento y rozaba lo imposible en su aplicación. Por tanto, el dominio español sobre las islas Filipinas fue precario, disperso y concentrado en puntos muy concretos. Las revueltas eran frecuentes y las comunicaciones marítimas, a menudo, interrumpidas. En definitiva, un grupo pequeño de españoles, «aislados en las islas», valga la redundancia. Pronto se estableció un lucrativo comercio que unía las dependencias coloniales de Filipinas con el Virreinato de Nueva España y la propia España. Tres espacios geográficos (Asia-Pacífico/América/Europa) quedaban conectados en esta primera globalización del planeta. Los barcos y galeones españoles establecieron rutas comerciales transoceánicas bien protegidas para transportar las inmensas riquezas coloniales. El oro y la plata que se enviaba a Filipinas y al Perú, eran el botín más codiciado. Otros motivos de rapiña para los piratas eran las porcelanas, sedas, marfiles, muebles, perlas, especias (clavo,

canela, pimienta). En esta primera expansión ultramarina de los europeos, al socaire de los descubrimientos geográficos, los pueblos indígenas claudicaban y se sometían a los colonizadores debido a la disparidad tecnológica entre ambos. Sólo los pueblos del Asia Oriental (China y Japón), avalados por culturas milenarias y con un alto concepto de sí mismos pudieron mirar de frente a los nuevos conquistadores.

2. LA PRESENCIA DE LOS JAPONESES

Varios miles de kilómetros al norte de Filipinas existe otro archipiélago cuyos habitantes se hicieron muy presentes en las aguas del Pacífico y su sólo nombre suscitaba respeto y temor. Nos estamos refiriendo al Japón y a los japoneses.

Japón en el siglo XVI vivió cambios espectaculares que anunciaban una pronta unificación y expansión. Los contactos con los occidentales (vía comerciantes o misioneros), especialmente los portugueses, introdujeron una serie de innovaciones, como las armas de fuego, a las que los japoneses supieron sacarles partido. Los primeros asentamientos japoneses en Filipinas hay que situarlos en relación con la actividad de los «wokon» (wako) o piratas japoneses, que fueron muy activos en las costas de China desde el inicio de la dinastía Ming. Una de las razones por las que los portugueses se establecieron en Macao, y los chinos aceptaron esa presencia, fue precisamente que podrían servir como apoyo para controlar la actividad de los piratas japoneses.

La primera noticia que de los wokon tenemos data de 1573 cuando Diego de Artieda envió un informe al rey en donde señalaba relaciones comerciales regulares entre Japón y Luzón. La acción de los piratas japoneses se sucedió en las costas de Luzón, perjudicó gravemente las actividades comerciales de la isla, hasta el punto que el gobernador Santiago de Vera temió que el comercio con los chinos peligrase puesto que después de un ataque japonés los chinos no se atrevían a volver a tierra. Los japoneses comenzaron a intercambiar oro por plata en la isla de Luzón, sobre todo en tres provincias de dicha isla: Cagayán, Pangasinán y Manila. En 1582, se habla claramente del pirata Tayfuzu (Tay Fusa) que se aprestaba para ir a Cagayán con 10 navíos. El gobernador Gonzalo Ronquillo de Peñalosa envió a Juan Pablo Carrión a Cagayán para tomar el control del norte de Luzón y esperarlos. Carrión se adentró por el río Cagayán y fue atacado por 18 sampanes japoneses. Los españoles respondieron con su

artillería y desembarcaron para atrincherarse utilizando los cañones desembarcados. Los piratas japoneses decidieron negociar una rendición y Carrión les ordenó retirarse de Luzón. Los japoneses pidieron una compensación en oro a lo que siguió una rotunda negativa por parte de Carrión. Sin posibilidad de negociación se reactivaron los combates. Los japoneses decidieron atacar por tierra con 600 soldados. Las trincheras españolas resistieron los envites de los nipones. Como algunas picas eran arrebatadas por los japoneses los españoles pusieron sebo en la madera para que resbalaran y fueran más difíciles de agarrar. La resistencia española evitó su claudicación y los supervivientes pusieron en desbandada a los restos de las tropas japonesas. La derrota japonesa desveló el buen armamento del que disponían: artillería, arcabucería, piquería y armas defensivas para el cuerpo proporcionadas por los portugueses. Los españoles tomaron como trofeo de guerra las magníficas armaduras japonesas junto a algunas katanas. En este combate la esgrima europea había demostrado ser mejor que las artes marciales japonesas y las espadas de acero toledano mucho más resistentes y útiles que las katanas orientales. Los japoneses empezaron a ser conocidos por su belicosidad y fiereza y se comenzó a insistir en la necesidad de refuerzos de hombres y armas para las islas Filipinas. Pacificada la región, y ya con refuerzos, Carrión fundó en la zona la ciudad de Nueva Segovia.

La actividad japonesa en esta área del norte de Luzón, con el transcurrir del tiempo prácticamente desapareció y los japoneses de Cagayán trasladaron sus actividades a otro puerto en que también tenían actividad, situado en la bahía de Lingayen. Las correrías de los japoneses por las costas de Luzón, sobre todo por la zona norte, se prolongaron hasta 1600. Tokugawa Ieyasu, a petición del gobernador Francisco Tello, en un clima favorable a la ampliación de las relaciones comerciales, mandó ajusticiar a más de cincuenta corsarios en Nagasaki; el castigo pareció de gran dureza a los mismos españoles, pues alcanzaba a las mujeres e hijos de los culpables, pero pareció solucionar el problema. En 1603 ya no llegó a Luzón ningún barco de piratas japoneses.

3. LA APARICIÓN DE LOS CHINOS. EL ATAQUE DE LI MA HONG

No fueron los japoneses el único pueblo oriental que puso en aprietos la incipiente y precaria colonización hispana de las Filipinas. Detrás de la Gran Muralla se hallaba el poderoso Imperio de los Ming en China y de sus costas partieron los más temibles piratas y corsarios. Hubo un pirata chino, el más

célebre que se recuerda, llamado Li Ma Hong que dejó un amargo recuerdo entre los españoles por la ferocidad y magnitud de sus ataques a Manila en 1574. Ataques piratas chinos hubo muchos y frecuentes en las costas del Pacífico; ¿qué hacía a éste diferente a los demás?

No disponemos de muchas fuentes escritas para conocer los primeros años de Li Ma Hong pero todo apunta a que pronto comenzó sus actividades piráticas. Sus primeros ataques fueron dirigidos a los buques que frecuentaban los puertos del Sur de China. Un Estado tan centralizado como la China de los Ming reaccionó de inmediato y las autoridades emitieron una orden para capturarlo. Convertido en un proscrito cambió sus actividades a la piratería en alta mar y fuera de alcance del poder de China. Dotado de capacidad de organización y de cierto carisma fue capaz de reunir una flota de hasta 40 barcos. Acababa de nacer un rey de los mares del Sur de China.

Todo rey tiene su reino y Li Ma Hong quiso establecer el suyo en las islas Filipinas, colonizadas desde hacía poco tiempo por unos hombres barbudos que venían de la lejana Europa. En 1574, Li Ma Hong, al frente de una flota de 62 naves que transportaba unos 3.000 hombres armados (incluidos mercenarios japoneses dirigidos por un tal Sioco) atacó Manila. No fue esta una simple *razzia* para saquear y obtener botín sino que tenía proyectado instalarse en el terreno colindante a la desembocadura del río Pasig y fundar un poblamiento. El gobernador general Guido de Lavezares y el maestre de campo Juan Salcedo, al mando de unos 500 españoles, y con más ingenio y determinación que medios hicieron frente al ataque chino.

Las defensas de Manila eran muy precarias y defendidas por apenas 150 españoles cortos de pólvora y armas. «La llegada de las fuerzas españolas al mando del capitán Juan de Salcedo hizo que los piratas fueran rechazados y la ocupación de la ciudad fue impedida. La fuerte resistencia de los residentes de la ciudad sorprendió al pirata chino, que pensaba que la captura de Manila iba a ser fácil. Li Ma Hong no esperaba que los defensores de la comunidad, a pesar de estar mal equipados, lucharan hasta el final, hasta el punto de que el mar frente a la ciudad se puso rojo de su sangre. La batalla llegó a ser conocida, bastante trufada de épica, como la «del Mar Rojo».

Sioco no desesperó y desembarcó rápidamente con sus fuerzas y entró en Manila. Los chinos, que iban bien armados y en orden arrollaron inicialmente a algunos sorprendidos españoles y empezaron a saquear e incendiar todo lo que podían. Sioco, viendo que la resistencia se estaba organizando

y que sus tropas estaban desconcertadas y cansadas, se retiró de Manila, por el momento.

Llegó como refuerzo la armada china a Manila, y comenzó un corto pero intenso cañoneo sobre la misma, que precedió al asalto de tropas chino-japonesas. Además de lanceros chinos, Sioco mandó desembarcar también esta vez a los arcabuceros japoneses (probablemente ashigaru mercenarios). Los españoles se atrincheraron en el fuerte, y opusieron una resistencia numantina. Viendo los orientales que los españoles seguían en el fuerte, y no se rendían iniciaron un violento asalto. Los españoles, bien atrincherados, respondieron a la cargas del enemigo con fuego de arcabuces y unos pocos cañones y rechazaron a los orientales de tal manera que, viendo que sólo a costa de grandes pérdidas conseguirían la victoria, decidieron reembarcar. Sioco, fiel al honor guerrero japonés no se retiró y combatió hasta el final contra los españoles. Chinos y japoneses se agruparon en tropel en la playa, desesperados. Li Ma Hong, desconcertado por la heroica resistencia de aquel puñado de occidentales barbudos que no perdían la formación ni se rendían, mandó poner vela hacia el norte de la isla, intentando reorganizar sus fuerzas. Se atrincheró en la provincia de Pangasinán, construyendo un fuerte que podía albergar hasta 600 hombres.

Lejos de saborear el triunfo de la victoria, Juan de Salcedo propuso al gobernador Lavezares la siguiente idea: ir directamente a por Li Ma Hong. Lavezares aceptó y llamó a los españoles de otras islas cercanas y a los tagalos (indios nativos), formando una fuerza de poco menos de 500 españoles, 2.000 nativos filipinos aliados y 4 piezas de artillería. Con tan exiguas fuerzas partió Salcedo hacia Pangasinán, cercando a Li Ma Hong en su fuerte, que batió con la artillería día y noche.

Sintiéndose derrotado, el astuto Lima Ma Hong acudió a una ingeniosa argucia para escaparse y fabricó cestos con mechas encendidas (cual cuerdas humeantes de arcabuz) que colocó en las almenas para hacer creer a Salcedo que disponía de muchos hombres, mientras construía lanchones para reembarcar en su ya mermada flota. Escapó, pues, el pirata chino, dejando en la estacada a muchos de sus hombres, que fueron masacrados en el asalto final de los españoles, que tomaron finalmente el fuerte. Ahora, el tigre huía con el rabo entre las patas.

Después del ataque chino los españoles en Filipinas sufrieron una especie de temor colectivo hacia los numerosos comerciantes chinos establecidos en

Manila por posibles connivencias con los piratas chinos. Los españoles no discernían muy claramente entre los piratas chinos y el Imperio de China, (de hecho ambos estaban enfrentados) y de ahí las suspicacias de las autoridades españolas a los numerosos comerciantes chinos afincados en Manila que los llamaban *sangleys*. Tras el desastre militar que supuso para los chinos esta campaña, las autoridades españolas, sabiamente, decidieron concentrarlos en el Parian de la Alcaicería.

CONCLUSIONES

Los mares de China fueron propicios para el ejercicio de la piratería debido al intenso comercio entre el continente y las islas desde tiempos antiguos. Ambos lados del Pacífico estaban amenazados por piratas, filibusteros y corsarios con diferente origen y un mismo objetivo. El comercio de Filipinas con América y Europa, a través del Galeón de Manila, atrajo las ambiciones de muchos. Las numerosas riquezas transportadas (oro, marfil, especias...) hacía muy tentador el atacar un barco para obtener pingües beneficios. Una presa tan codiciada tuvo muchos cazadores. En el Caribe eran frecuentes los ataques de holandeses, ingleses y franceses (aunque también extendieron sus actividades al Pacífico). Pronto se unieron en sus ataques dos pueblos extra europeos con culturas seculares y formas de organización desarrolladas: chinos y japoneses.

La llegada de Li Ma Hong a las Filipinas y su posterior derrota no fueron olvidados y permanecieron en el imaginario colectivo filipino durante generaciones. Fue tan violento e inesperado el ataque chino que cerca de tres siglos después de ocurridos los acontecimientos aún se recordaba en el archipiélago y su figura se asociaba a algunas fiestas como la de San Andrés, el 30 de noviembre, pues en vísperas de ese día fue cuando los chinos asomaban en la bahía de Manila. Tomamos una descripción de las fiestas de San Andrés en Manila, (extraída del Boletín de Manila de 1856), que más bien parece un pregón por la solemnidad épica y enérgica con que lo expone. Reza así.

«Una de las fiestas más solemnes que se celebran en nuestra capital es sin duda la que decía anualmente el Excmo. Ayuntamiento a San Andrés, en conmemoración del glorioso hecho de armas que libertó a estas islas en 1574 de la esclavitud y la barbarie. Un pirata chino, llamado Limaong, seguido de

numerosas hordas, logró penetrar de noche en la bahía, y sorprendiendo y atacando alevosamente nuestra población descuidada, entra por sus puertas difundiendo por todas partes la consternación y el espanto. Empero la Divina Providencia reservada a un puñado de españoles la gloriosa empresa de conservar estas islas bajo el amparo de la cristiandad y la civilización, y reuniéndose todos denodadamente en el campo llamado de la fuerza, rechazan con valor al pirata, que, destrozado completamente, tiene que abandonar con el resto de sus andas la capital y sus costas. Este es el hecho que se solemniza anualmente, y cuyo aniversario tuvo lugar en la mañana del día treinta, y su víspera por la tarde».

A pesar de la derrota de Li Ma Hong se sucedieron otros ataques chinos a Filipinas en el transcurso de los años. En 1622, Manila se vio atemorizada por otro pirata chino, este de nombre Kue-Sing, conocido por los españoles como Koxinga, también conocido en la época como el «Atila de Oriente». Con una gran flota de juncos de guerra, había arrebatado Formosa a los holandeses, desde donde amenazaba con invadir Filipinas.

Los españoles, tan desmemoriados para recordar su historia, no han hecho una excepción con este suceso de armas ocurrido en tan lejanas tierras. Chinos y filipinos han conservado un recuerdo más sólido de las correrías de este pirata chino que parece sacado de alguna novela de Salgari. Nunca iba imaginar Li Ma Hong, después de tantos combates victoriosos contra flotas organizadas y potentes, que su mayor derrota la iba a sufrir frente a un pequeño grupo de conquistadores en unas islas lejanas. Fue difícil clavar una pica en Flandes pero no lo fue menos hacerlo en las Filipinas.

BIBLIOGRAFÍA

- Buzeta M. y Bravo F. (1851) *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de las Islas Filipinas*, Volumen 2, Madrid, Imprenta de José C. de la Peña.
- De Morga, A. (2007) *Sucesos de las Islas Filipinas*, Edición crítica y comentada y estudio preliminar de Francisca Perujo, México, Fondo de Cultura Económica.
- Díaz-Trechuelo, L. (2001) *Filipinas. La gran desconocida (1565-1898)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.

- Elizalde, M. D. (2002) *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Editora Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, Casa Asia.
- Elizalde, M.D. y Delgado J.P. (2011) *Filipinas, un país entre dos imperios*, Barcelona, Editorial Bellaterra.
- Whitney Haell, J. (1973) *Historia Universal siglo XXI. El imperio japonés*, Madrid, Ediciones Siglo XXI.